

» se reduce á siete vestales, cuya pudicia de tiempo determinado es recompensada con hermosos velos, coronas, vestidos de púrpura, con la pompa de las literas, con la multitud de esclavos, y con inmensas rentas (43). ¡Numerosas vírgenes evangélicas, de una vida retirada, humilde y austera consumen, sus días en las vigiliás, los ayunos y la pobreza! ¡Nuestras iglesias poseen rentas! exclaman ¿Por qué vuestros templos, no han hecho de su opulencia el uso que hacen nuestras iglesias de sus riquezas? ¿Dónde están los cautivos que han rescatado vuestros templos, los pobres que han alimentado y los desterrados á quienes han socorrido? Sacrificadores: han sido consagrados á la utilidad pública los tesoros que solo servían para vuestro lujo, ¡y á esto llamais calamidad! (44).»

Diez y ocho ó veinte años despues de San Ambrosio, Prudencio se creyó obligado á refutar de nuevo á Simmaco: repite poco mas ó menos en los dos cantos de su poema lo que habia dicho el obispo de Milan; pero emplea un argumento que parece tomado de nuestro siglo, y que oponen al presente á los amadores exclusivos de lo pasado. Simmaco suspiraba por las instituciones de los antiguos; y Prudencio responde, que si debemos preferir la manera de vivir de los primeros tiempos, es necesario renunciar entonces á todas las cosas que sucesivamente se han inventado para el bienestar del hombre; desechar los progresos de las artes y de las ciencias, y retroceder á la barbarie (45). En cuanto á las vestales, Prudencio niega su castidad y su dicha: segun el poeta dice: «El pudor cautivo es conducido al altar estéril. La voluptuosidad no se extingue en las desventuradas por que la desprecien, sino porque la apartan con violencia de su cuerpo que está intacto, pero su imaginacion no se conserva igualmente virgen. La vestal no encuentra reposo en su lecho: una herida invisible hace suspirar á la doncella innubil por las antorchas nupciales (46).»

Prudencio satiriza luego el permiso concedido á las vestales de casarse despues de cuarenta años de virginidad. «La vieja veterana, desertando del fuego y de los trabajos divinos á que consagró su juventud, se desposa y traslada sus beneméritas amigas al tálamo nupcial, y enseña á entibiar en el frío lecho un nuevo himeneo (47).»

Si las defensas de Simmaco y de San Ambrosio fuesen meras ampliaciones de dos abogados lidiando en el foro, la historia desdeñaria detenerse á examinarla; mas era un proceso real y el mas importante que se habia presentado en el tribunal de los hombres: no se trataba de nada menos que de la caída de una religion y de una sociedad, y del establecimiento de otra sociedad y de otra religion. Perdióse la causa pagana en el tribunal de los emperadores, porque lo estaba ya en el de los pueblos.

Teodosio, en una reunion del Senado, propuso esta cuestion: «Qué Dios deben adorar los Romanos, ¿á Cristo ó á Júpiter? (48)» La mayoría del Senado condenó á Júpiter. Los padres lo sentian quizas; pero los hijos prefirieron el Dios de Ambrosio al Dios de Simmaco. La prosperidad del imperio no dimanaba de aquellos simulacros á los que las costumbres puras no comunicaban ya una divinidad inocente: el altar de la Victoria no habia tenido poder sino cuando se hallaba colocado cerca del altar de la virtud.

Prudencio nos ha dejado la relacion de la conversion de Roma.

«Hubierais visto á los padres conscriptos, lumbreras brillantes del mundo, trasportados de alegría; á aquel consejo de ancianos Catones, conmovidos al vestirse el manto de la piedad mas resplandeciente que la toga romana, y al desnudarse las insignias del pontificado pagano. El Senado entero, á excepcion de algunos de sus miembros que permanecieron en la ro-

ca Tarpeya, se precipitó á los templos puros de los nazarenos; la tribu de Evandro, y los descendientes de Eneas, corrieron á las fuentes sagradas de los apóstoles. El primero que presentó su cabeza fue el noble Anicio... así lo refiere la augusta ciudad de Roma. El heredero del nombre y de la estirpe divina de los Olibros, quitó de su palacio, adornado de trofeos, los fastos de su familia, las haces de Bruto, para depnerlos en las puertas del templo del glorioso mártir para humillar delante de Jesús la segur de Ausonia. La fe viva y pronta de los Paulos y de los Barros, los ha entregado súbitamente á Cristo. ¿Nombraré á los Gracos tan populares? ¿Diré los cónsules que rompiendo las imágenes de los dioses se consagraron con sus lictores á la obediencia y al servicio del Crucificado Todopoderoso? Podria contar mas de seiscientas familias de antigua estirpe, alistadas en sus banderas. Fijad los ojos en ese recinto: apenas hallareis en él algunos ánimos perdidos en los ensueños paganos, adictos á su absurdo culto, complaciéndose en permanecer en las tinieblas, en cerrar los ojos, al esplendor del día (49).»

¿No se creará al leer estos versos de Prudencio, que Roma existia en los principios del siglo V, con sus grandes familias y sus grandes recuerdos? ¡Y escribia en 403! Siete años despues, Alarico removía y barria aquel antiguo polvo de los Gracos y de los Brutos con que se cubria el orgullo de algunos nobles degenerados.

Teodosio extendió la proscripción del paganismo á las diferentes provincias del imperio. Nombróse una comision para abolir los privilegios de los sacerdotes, prohibir los sacrificios, destruir los instrumentos de la idolatría y cerrar los templos y el patrimonio de los mismos templos se confiscó en provecho del emperador, de la Iglesia católica y del ejército. «Prohibimos, dice el último edicto de Teodosio, á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera clase hasta la última, inmolar victima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Vedamos los sacrificios de la adivinacion por las entrañas de las victimas.»

Los hijos de Teodosio, Arcadio y Honorio, y sus sucesores multiplicaron estos edictos: pueden consultarse todas aquellas leyes en el código (50), pero mas conminatorias que expresas, rara vez se ejecutaban, y algunas veces se emprendian ó recordaban segun las necesidades y las fluctuaciones de la política. El papa Inocencio, con motivo del primer sitio de Roma por Alarico en 408 permitió los sacrificios, con tal que se hiciesen en secreto. Los príncipes, obrando en sentido contrario á sus edictos, conservaban á algunos paganos en los altos cargos del Estado, y concedian títulos á los pontífices de los ídolos. Ninguna ley prohibía á los gentiles escribir contra los cristianos y su religion; ninguna ley obligaba al pagano á abrazar el Cristianismo, bajo pena de ser castigado en su persona ó en sus bienes. Aun hay mas: varios edictos de aquella época (y he citado ya algunos), se oponen á las adquisiciones del clero por vía de testamento ó de donacion; derogan las inmunidades concedidas; ordenan este nuevo género de propiedades de mano muerta, introducido justamente con la Iglesia; prohiben á los frailes la entrada en las ciudades, y fijan la suerte de las religiosas. Aunque el poder político fuese cristiano, inquietábale ya la lucha; temia verse arrastrado por ella, y no teniendo ya nada que temer del paganismo, comenzaba á ponerse en guardia contra las empresas del otro culto. Las costumbres rompieron tan débil barrera, y el celo se extendió mas lejos que la ley.

Por todas partes demolieron los templos, pérdida por siempre deplorable para las artes; pero el monumento material sucumbió, como siempre, bajo la fuerza intelectual de la idea que habia entrado ya en la convicción del género humano.

San Martín, obispo de Tours, seguido de una tro-

pa de frailes, derribó en las Galias los santuarios, los ídolos y los árboles consagrados. El obispo Marcelo emprendió la destruccion de los edificios paganos en la diócesis de Apamea, capital de la segunda Syria. El templo cuadrangular de Júpiter, presentaba en sus cuatro frentes quince columnas de diez y seis piés de circunferencia: resistió, y fue preciso el fuego para lograr su destruccion. Mas tarde, en Cartago, cristianos menos fanáticos salvaron el templo llamado celeste, convirtiéndole en iglesia, del mismo modo que despues Bonifacio III salvó el panteon de Roma.

La ruina del templo de Serapis en Alejandria, se hizo célebre: estaba levantado aquel templo en que se depositaba el Nilómetro, sobre un cerro artificial al que se subia por cien gradas: sostenianlo multitud de bóvedas iluminadas por lámparas, y habia muchos patios cuadrados y cercados de edificios destinados á la biblioteca, al colegio de los discípulos, y al aposentamiento de los celebrantes y guardianes. Cuatro órdenes de galerías con pórticos y estatuas, presentaban dilatados paseos: riquísimas columnas adornaban el templo propiamente dicho, que era todo de mármol: tres láminas de cobre, de plata y de oro cubrian las paredes. La estatua colosal de Serapis, cubierta la cabeza con la medida misteriosa, tocaba con sus dos brazos ambos lados del recinto del altar cabaña, y en un día determinado los rayos del sol venían á fijarse en los labios del dios (51).

Los paganos no consintieron fácilmente en abandonar semejante edificio, sostuvieron en él un verdadero sitio, estimulados á la defensa por el filósofo Olimpio (52), hombre de admirable belleza y de una elocuencia divina. Estaba lleno del dios, y tenia inspiraciones de profeta (53). Dos gramáticos, Hellade y Amone, combatian bajo sus ordenes: el primero habia sido pontífice de Júpiter, y el segundo de un mono (54). Teófilo, arzobispo de Alejandria, armado con los edictos de Teodosio y apoyado por el prefecto de Egipto, consiguió la victoria. Hellade se vanagloriaba de haber muerto nueve cristianos por su mano (55): y Olimpio se escapó despues de haber oido una voz que cantaba *alleluya* en mitad de la noche, y en medio del silencio del templo (56). El edificio fue saqueado y demolido. «Vimos, dice Orosio á pesar de su celo apostólico, los estantes vacíos y sin libros; devastaciones que dejan memoria de los hombres y del tiempo (57).» La estatua de Serapis, herida primero en la mejilla por la segur de un soldado, y despues derribada y rota, fue quemada pieza por pieza en las calles y en el anfiteatro. Un nido de ratones (58) se escapó de la cabeza del dios con grande algazara de los espectadores.

Los demás monumentos paganos de Alejandria fueron igualmente destruidos, y las estatuas de bronce fundidas (59). Teodosio habia mandado distribuir su valor en limosnas, y Teófilo se enriqueció juntamente con los suyos (60).

Arrasaron el templo de Canope, escuela famosa de letras sacerdotales, donde se veia un ídolo simbólico, cuya cabeza descansaba en las piernas: poco tiempo antes Antonino el filósofo habia enseñado en ella con esplendor la teurgia, y precedido la caída del paganismo: Sosipatra, su madre, tenia fama de célebre maga. Algunas religiosas y frailes tomaron en el templo de Canope el lugar que habian ocupado los dioses y los sacerdotes egipcios (61).

Así pereció tambien en los confines de la Persia un templo inmenso que servia de fortaleza á una ciudad. «Habiéndose hecho cristiano Serapis, dice San Gerónimo, lloró el dios Marmas, encerrado en su templo de Gaza y temblaba esperando que fuesen á derrocarlo (62).»

La sangre cristiana que derramaron las manos filológicas de Hellade, quedó vengada en extremo algunos años despues con la de Hipatia (63). Era hija de Theon

el geómetra, estaba dotada de un ingenio superior al de su padre, y habia nacido, criándose y educado en Alejandria. Instruida en la astronomía mas de lo que convenia á su sexo, frecuentaba las escuelas y enseñaba la doctrina de Aristóteles y de Platon: la llamaban la filósofa. Los magistrados le tributaban honores, veíase todos los días á su puerta una multitud de gentes á pié y á caballo que se apresuraban á verla y á oirla (64). Habíase casado, y sin embargo permanecía virgen: acontecia entonces con mucha frecuencia el que dos esposos viviesen libres en el lazo conyugal (65), que unidos sus sentimientos, sus gustos, su destino y su fortuna, estuviesen separados sus cuerpos. La admiracion que inspiraba Hipatia no excluía otro sentimiento mas tierno: moriase de amor por ella un discípulo suyo; la jóven platónica hizo uso de la música para la curacion de la enfermedad, restituyendo por medio de la armonía la paz al alma que habia turbado (66). Cirilo, obispo de Alejandria, concibió profunda envidia de la gloria de Hipatia (67). El populacho cristiano, á cuya cabeza marchaba un lector llamado Pedro (68), se precipitó sobre la hija de Theon cuando entraba un día en la casa paterna: los malvados la arrastraron á la iglesia á Cesaria, la pusieron enteramente desnuda, y la sajaron con conchas cortantes, quemando en seguida en la plaza Cinaron (69) los miembros de aquella criatura celestial, que vivia en la sociedad de los astros á quienes igualaba en belleza, y cuyas mas sublimes influencias habia experimentado.

El combate de las ideas antiguas contra las ideas nuevas en aquella época, presenta un espectáculo que hace sea todavía mas instructivo el que en la actualidad presenciarnos (70). No era ya como en tiempo de Juliano un movimiento retrógrado, era por el contrario una carrera por la pendiente del siglo; pero las antiguas costumbres y recuerdos, los viejos hábitos y las viejas preocupaciones, disputaban palmo á palmo el terreno; porque al abandonar el culto de los antepasados creian hacer traicion á los hogares, á las tumbas, al honor y á la patria. La violencia ejercida en oposicion con el espíritu de la ley, hacia que fuera el conflicto mas porfiado, y acusaban á los cristianos de olvidar en la fortuna los preceptos de caridad que habian recomendado en el infortunio.

Los hombres de guerra y los hombres de Estado, los senadores y los ministros, los sacerdotes cristianos y los paganos, los historiadores, los oradores, los panegiristas, los filósofos y los poetas, corrian al ataque ó á la defensa de las antiguas y de las modernas aras.

Teodosio es un emperador violento y débil entregado á los placeres de la mesa, segun Zosimo (71); y es un santo que reina en el cielo con Jesucristo á los ojos de San Ambrosio (72).

A la voz y al golpe de las manos mismas de los frailes y de los obispos se hunden los templos: caen al sonido de los cánticos de victoria de Prudencio, y el anciano Libanio reanima su piedad filosófica para entenercer á Teodosio en favor de los mismos templos.

«Aquel, dice el emperador; aquel (Constantino) que cuando era yo niño aun, abatió á sus plantas al príncipe que le habia ultrajado (Majencio), creyendo que le convenia adoptar otro dios; utilizó los tesoros y las rentas de los templos para edificar á Constantino- pla, mas no hizo mudanza alguna en el culto solemne: si las casas de los dioses quedaron pobres, las ceremonias se conservaron con lujo y riqueza. Su hijo (Constancio) se entregó al perverso consejo de mandar que cesasen los sacrificios, y el primo de este hijo (Juliano), príncipe dotado de todas las virtudes, los restableció. Despues de su muerte subsistió por algun tiempo la costumbre de los sacrificios, aboliéronla, es verdad, los dos hermanos (Valentiniano y Valente) á causa de algunos innovadores, pero se conservó el uso de quemar perfumes. Vos mismo habeis tolerado esta

costumbre de suerte que tanto debemos daros gracias por lo que nos habeis otorgado, como quejarnos por lo que nos quitais. Habeis permitido que el fuego sagrado permaneciese en los altares, y que se quemasen en ellos el incienso y los demás aromas.

«¡Y sin embargo, destrúyense nuestros templos! Unos trabajan para llevar á cabo la obra con la leña, la piedra y el hierro; otros emplean sus manos y sus piés: ¡presa es esta de Mysiena (proverbio griego que significa conquista fácil)! Hunden los techos, minan los muros arrebatan las estatuas y derriban los altares. Los sacerdotes solo pueden escoger entre dos partidos: callar ó morir. De una primera expedición corren á otra segunda y tercera, y no se cansan de erigir trofeos injuriosos á vuestras leyes.

«¡Esto sucede en las ciudades, en los campos es mucho peor! Allí se congregan los enemigos de los templos, se dispensan, se reúnen de nuevo, y cuéntanse sus hazañas; y hay quien se avergüenza de no ser el mas criminal. Tiéndense como los torrentes surcando la comarca, y se agolpan impetuosamente contra la casa de los dioses. La campiña privada de templos está sin dioses; yace arruinada, destruida, muerta: los templos ¡oh emperador! son la vida de los campos; son los primeros edificios que en ellos se han visto; los primeros monumentos que han llegado hasta nosotros al través de las edades: á los templos confia el labrador su mujer, sus hijos, sus bueyes, sus mieses....

«Ved aquí la conducta de los cristianos: protestan que no hacen la guerra sino á los templos; pero esta guerra es en provecho de los tales opresores: arrebatan á los desgraciados los frutos de la tierra, y parten con los despojos, cual si los hubiesen conquistado y no robado.

«No les bastan aun tantos excesos; atacan tambien las posesiones privadas, porque al decir de estos bandidos, están consagradas á los dioses. Bajo tan especiosos pretestos muchos propietarios se ven privados de los bienes que poseían heredados de sus abuelos, mientras que sus espoliadores propalando que honran á la divinidad con sus ayunos, se engordan á expensas de las víctimas. Si vamos á quejarnos al pastor (título que afectan dar á un hombre que ciertamente no está dotado de mansedumbre), despiden de su presencia á los reclamantes, cual si debieran considerarse dichosos en no haber padecido mas.....

«Pre tenden que hemos violado la ley que prohíbe los sacrificios: nosotros lo negamos, y responden que si no se han verificado sacrificios hemos degollado bueyes, en medio de los festines y de los regocijos: es verdad; pero no había altares para recibir la sangre, ni se ha quemado parte alguna de la víctima, ni se han ofrecido tortas, ni hecho libaciones. Ahora bien; si cierto número de personas se han reunido en una casa de campo á comer un ternero ó un carnero; si tendidas en la yerba se han alimentado con la carne del mismo ternero ó carnero, despues de haberlo hervido ó asado, no sé qué leyes se han violado, porque ¡oh divino emperador! vos no habeis prohibido las reuniones domésticas. Por consiguiente aunque se haya cantado un himno en honor de los dioses y se les haya invocado, no se ha quebrantado vuestro edicto, á menos que no querais transformar en crimen la inocencia de semejantes festines.

«Nuestros perseguidores se figuran que con la violencia nos atraen á la práctica de su religion; se engañan: los que parecen haber variado de culto, han permanecido tales como eran. Asisten á las asambleas con los cristianos; pero cuando aparentan orar, no eran, ó dirigen las preces á sus antiguos dioses.....

«En materia de religion fiadlo todo al convencimiento y nada á la fuerza. ¿No tienen acaso los cristianos una ley concebida en estos términos: *Practicad la mansedumbre, y procurad conseguirlo todo con ella: mirad con horror á la necesidad y á la vio-*

lencia? ¿Por qué pues os precipitais contra nuestros templos con tanto furor? ¿Vosotros tambien traspais entonces vuestras leyes?.....

«...Mas puesto que los cristianos alegan el ejemplo del primero que despojó los templos (Constantino), hablaré de él á mi vez. No mentaré los sacrificios, porque no los tocó; pero ¿quién fue mas rigurosamente castigado que el robador de los tesoros sagrados? Aun en vida vengó á los dioses en sí mismo, en su propia familia, y despues de su muerte fueron degollados sus hijos.

«Los cristianos se creen tambien autorizados con el ejemplo del hijo de aquel príncipe (Constancio), quien demolió los templos, empleando en ello tanto trabajo como hubiera necesitado para construirlos (¡tan difícil era separar aquellas piedras juntas y enlazadas con un fuerte cemento!); distribuía los edificios á los favoritos que le rodeaban, del mismo modo que hubiera podido darles un caballo, un esclavo, un perro ó una alhaja. Pues bien estos presentes fueron funestos al que los prodigaba y á los que los aceptaban.....

«De estos favoritos, unos murieron en el infortunio sin posteridad, sin testamento; otros dejaron herederos; pero cuánto mas les hubiera valido no haberlos tenido! Vemos al presente á sus hijos habitando en medio de las columnas arrancadas de los templos: vémoslos cubiertos de infamia, y haciéndose un guerra cruel.» (73)

Este pasaje, demasiado instructivo para extractado, ofrece un cuadro casi completo del siglo IV: Usos é influencia de los templos en las campiñas; fin de estos mismos templos; principio de la propiedad del clero cristiano, por la confiscación de la propiedad del clero pagano; avaricia y fanatismo de los nuevos convertidos que se autorizan con las leyes, desnaturalizándolas, para cometer rapiñas y turbar el interior de las familias; y del mismo modo que Lactancio ha referido la muerte funesta de los perseguidores del Cristianismo, Libanio relata los desastres sucedidos á los perseguidores de la idolatría. Mas sea lo que fuere, Dios, que castiga la injusticia particular del individuo, permite tambien que se realicen las revoluciones generales, calculadas sobre la necesidad de la especie.

Los frailes fueron los principales obreros en la demolición de los templos; así se les prodigan igualmente ultrajes y elogios.

Sozomeno asegura que los padres del desierto practican una filosofía divina.

«Los religiosos, dice San Agustín, no cesan de amar á los hombres, aunque hayan cesado de verlos, hablando con Dios y contemplando su hermosura.» (74)

San Crisóstomo, con motivo de la sedición de Antioquia, compara la conducta de los filósofos y de los frailes. ¿Dónde están ahora, exclama, los que usaban baston, manto y larga barba; aquellos infames cínicos inferiores á los perros sus modelos? Han abandonado la desgracia, y han ido á ocultarse á las cavernas. Los verdaderos filósofos (los frailes de los contornos de Antioquia) han corrido presurosos á la plaza pública: los habitantes de la ciudad han huido al desierto, y los habitantes del desierto han venido á la ciudad. El anacoreta ha recibido la religion de los apóstoles, é imita su virtud y su valor. ¡Vanidad de los paganos! ¡Debilidad de la filosofía! Conócese en sus obras que no es sino fábula, comedia, farsa y ficción.» (75)

«¿Quiénes son los destructores de nuestros templos? dice á su vez Libanio. Hombres vestidos con negros ropajes, que comen mas que los elefantes, que piden al pueblo vino en cambio de sus cantos, y ocultan su embriaguez bajo la palidez artificial de sus mejillas.» (76)

«Hay una raza llamada frailes, dice igualmente Eunapo: estos frailes que parecen hombres en la forma, y cerdos por la vida que llevan, hacen y se permiten cosas abominables.... Cualquiera que se viste un ropaje negro, y presenta al público un rostro sucio, tiene derecho para ejercer una autoridad tiránica.» (77)

«En alta mar (habla el poeta Rutilio) se levanta la isla de Capraria, manchada por hombres que huyen de la luz. Hánse dado ellos mismos el nombre de monges porque aspiran á vivir sin testigos: temen los favores de la fortuna, porque no tendrían valor para arrostrar sus desdenes, y hácese desgraciados por el miedo de serlo. ¡Rabia estúpida de un cerebro desordenado! ¡Aterrarse con la idea del mal y no poder sufrir el bien! Su suerte se reduce á encerrar sus pesares en una estrecha celda, y henchir su triste corazón con un humor atrabiliario.» (78)

Despues de haber pasado Capraria, pequeña isla situada entre la costa de Etruria y la de Córcega, Rutilio descubre otra isla, la Gorgona. «Allí se ha sepultado vivo entre las rocas un ciudadano romano. Impulsado este jóven por las furias, noble de origen, con un pingüe patrimonio, y no menos venturoso por su matrimonio, huye la sociedad de los hombres y de los dioses. El crédulo desterrado se oculta en el fondo de una vergonzosa caverna; figúrase que el cielo se complace con las miserias repugnantes, y se trata con mas rigor de lo que pudieron tratarle los dioses irritados. Decidme, os ruego, ¿no posee esa secta venenos peores que los brebajes de Circe? Entonces se transformaban los cuerpos, y al presente se transforman las almas.» (79)

El clero cristiano exponía á la risa de la muchedumbre las debilidades y farsas de los sacerdotes del paganismo. Empleaban estos el imán para hacer prodigios, para suspender en el aire un carro de bronce tirado por cuatro caballos (80), ó para hacer subir un sol de hierro á la bóveda de un templo (81). Encerrábanse dentro de estatuas huecas arrimadas á las paredes, y pronunciaban oráculos.

Fleury ha copiado en la Historia eclesiástica una anecdota (82), contada con menos pudor por Rufino (83). «Un sacerdote de Saturno, llamado Tirano, abusó así de muchas mujeres de los principales habitantes de la ciudad: decía al marido que Saturno había ordenado que su mujer fuese á pasar la noche en el templo. El marido, encantado con el honor que el dios le dispensaba, enviaba á su mujer ataviada con los mas bellos adornos, y cargada de ofrendas. Encerrábanla en el templo delante de todos: Tirano entregaba las llaves de las puertas y se retiraba; pero durante la noche iba por los subterráneos y entraba en el ídolo. El templo estaba iluminado, y la esposa atenta á sus preces no veía á nadie; y oyendo de repente una voz que salía del ídolo, llenábase de temor mezclado de alegría. Despues que Tirano en nombre de Saturno le había dicho lo que creía oportuno para sorprenderla mas, ó prepararla para que satisficiera sus apetitos, apagaba de repente las luces, tirando unos lienzos dispuestos con este fin. Bajaba entonces, y hacia cuanto se le antojaba á favor de las tinieblas. Despues de haber engañado así á muchas mujeres por espacio de largo tiempo, una mas prudente que las anteriores, se horrorizó de aquella acción; y escuchando mas atentamente reconoció la voz de Tirano, regresó á su casa y descubrió el fraude á su marido. Acusó este á Tirano, el cual fue puesto en tormento y quedó convencido del crimen por su propia confesión, que cubrió de infamia á muchas familias de Alejandria, descubriendo tantos adulterios, y sembrando dudas sobre el nacimiento de tantos hijos. Tales crímenes dibulgados contribuyeron mucho á la destrucción de los ídolos y de los templos.»

Había ocurrido en Roma en el reinado de Tibe-

rio (84) un caso muy semejante, que recordaba tambien el de aquel jóven que representando el papel del río Escamandro, abusó de la sencillez de una doncella (85). Sacaban á la vista, para vergüenza de la idolatría, las muñecas henchidas de paja, los simulacros ridículos, obscenos ó mostruosos, los instrumentos de magia, y hasta las cabezas cortadas de los niños, cuyos labios habían dorado (86); divinidades todas encontradas en los santuarios mas secretos de los templos derribados.

Los paganos se sostenían firmes, y devolvían desprecio por desprecio insultando el culto de los mártires. «En vez de los dioses del pensamiento, los frailes obligan á los hombres á adorar esclavos de la peor especie; recogen y salan los huesos y las cabezas de los malhechores, condenados á muerte por sus crímenes; trasladándolos aquí y allí; enseñándolos como divinidades: se arrodillan delante de semejantes reliquias, y se prosternan delante de las tumbas; cubiertas de inmundicias y de polvo. Llamán mártires, ministros, intercesores para con el cielo, á los que esclavos infieles en otro tiempo, han sido azotados con varas, y llevan en su cuerpo el merecido sello de su infamia: hé ahí los nuevos dioses de la tierra.» (87)

En medio de estos combatientes exaltados, los hombres mas justos y mas moderados de uno y otro partido, reconocían lo que podía y debía alabarse ó censurarse en los discípulos de ambas religiones. Ammiano-Marcelino, hablando del papa Dámaso, observa que los cristianos tenían poderosas razones para disputarse, aunque fuese á mano armada, la silla episcopal de Roma. «Los candidatos preferidos, enriquecense con los presentes de las mujeres; véense paseados en carros, y vestidos con ornamentos magníficos; y la suntuosidad de sus festines, sobrepuja la pompa de las mesas imperiales. Los obispos de Roma, que así hacen ostentación de sus vicios, serían mas venerados si se pareciesen á los obispos de provincia, sóbrios, sencillos, modestos, con la vista fija en la tierra, granjeándose la estimación y respeto de los verdaderos adoradores del Dios Eterno.» (88)

«Hacedme, obispo de Roma, decía el prefecto Pretecto á Dámaso, y me hago cristiano.» (89)

San Jerónimo, muchas veces razonable, á fuerza de ser apasionado, escribe: «¡Que vergüenza tan grande para nosotros! Los sacerdotes de los falsos dioses, los truhanes, las personas mas infames pueden ser legatarios: solos los sacerdotes y los frailes no pueden serlo: prohibese una ley, y una ley que no está hecha por emperadores enemigos de la religion, sino por príncipes cristianos. Y aun no me quejo de que se haya hecho esa ley, sino de que nosotros la hayamos merecido; inspiróla una sabia prevision y aun no es bastante poderosa contra la avaricia, porque se burlan de la prohibición con fraudulentos fideicomisos.» (90)

El mismo Padre dice en otra parte: «Hay algunos que solicitan el sacerdocio ó el diaconado para ver mas libremente á las mujeres. Cuidan con especial atención de su vestido, de calzar con limpieza, y de perfumarse. Rizan los cabellos con el hierro; las sortijas brillan en sus dedos; andan con la punta del pié, de suerte que mas os parecerán jóvenes recién casados que clérigos. Hay algunos cuya única ocupación es saber los nombres y la residencia de las mujeres de calidad y de conocer sus inclinaciones: descubriré uno que es maestro en la materia. Levántase al salir el sol, despues de haber preparado el órden de sus visitas; busca los caminos mas cortos, y este viejo importuno entra casi hasta en las alcobas donde duermen. Si desea una almohada, una servilleta, ó algun mueble de su gusto, lo alaba, admira su limpieza, lo toca, se queja de no tener otro igual, y lo arranca mas bien que obtenerlo.» (91)

Gregorio Nazianceno habla de los carros dorados,

de los hermosos caballos, de la comitiva numerosa de los preladados; y describe á la muchedumbre desviándose ante ellos como delante de las fieras (92).

Estas controversias se repetían en todas partes; pasaban los mares, y agitábanse en las cartas, desde la gruta de Belen hasta Hipona; desde el desierto de la Tebaida hasta Alejandría; desde Antioquia á Constantinopla, y desde Constantinopla hasta Roma. Los ánimos se hallaban conmovidos, á medida que se acercaba la catástrofe; pero por un efecto natural, los que se habían unido á la causa perdida para encumbrarse al poder, no hallaban en ella sino su ruina.

Focio nos ha conservado un fragmento de Damascio, en el cual enumera aquel filósofo los personajes que emprendieron inutilmente resucitar el culto de los Helenos. Nombra á Juliano el primero: Lucio, capitán de guardias en Constantinopla, intentó quitar la vida á Teodosio, para volver á levantar la idolatría; pero no pudo desenvainar la espada, pues le horrorizaron las miradas terribles de una mujer que estaba detrás del emperador y que le ceñía con sus brazos. Marzo é Yilo perdieron la vida en una empresa de la misma naturaleza: Ammonio, después de haber conspirado, se refugió al lado de un obispo: Severiano urdió una nueva trama; pero vendióle Americo, que descubrió el complot á Zenon, emperador de Oriente (93).

Eugenio, emperador por Arbogastes, colocó la imagen de Hércules en sus banderas, restituyó á los templos sus rentas, y mandó restablecer en Roma el altar de la Victoria. En esta misma Roma, á la que tanto trabajo costaba renunciar al dios Marte, se había divulgado un oráculo: unos versos griegos anunciaban que el Cristianismo duraría trescientos sesenta y cinco años: Jesús no tenía culpa de su culto; mas Pedro versado en las artes mágicas, había logrado conservar por este número de años la religión de Jesucristo (94). Ahora bien, contando desde la resurrección, el período fijado espiraba en el consulado de Honorio, y de Eutiquiano, el año 398 de la era cristiana. Los paganos, llenos de alegría, aguardaban la abolición completa é inmediata de la ley evangélica, y en el mismo año los templos de África fueron destruidos ó cerrados por orden de Honorio (95).

Nació otra esperanza: Radagesio, pagano y bárbaro, asolaba la Italia y amenazaba á Roma. «¿Como, decían los piadosos idólatras, hemos de poder resistir á un hombre que ofrece por la tarde y por la mañana víctimas agradables á los dioses que nosotros abandonamos? (96)» Y Radagesio quedó vencido, mientras que Alarico, bárbaro también, pero cristiano, entró en Roma. Eucherio, hijo de Estilicon, era objeto de secretos deseos; profesaba el paganismo.

El mismo Attalo, juguete de los Godos, tuvo partidarios: había distribuido los principales oficios del Estado entre varios politeístas, y Zosimo observa que la familia cristiana de los Anicos era la única que se afligía al ver el bien público (97). No podía llegar á mas la parcialidad.

En fin, Antemio, uno de los últimos fantasmas de emperador creado por Richomer, hizo palpar por última vez el corazón de los viejos helenistas: inclinábase á los ídolos y había ofrecido á Severo, enteramente entregado al culto antiguo, restituir á la ciudad eterna su primitivo esplendor, y devolverla los dioses autores de su gloria. El papa Hilario destruyó el proyecto, haciendo ofrecer á Antemio que separaría de su lado á cierto Filotes (98), de la secta de los Macedonianos, que colocaba á Antemio entre el paganismo y la herejía: Alarico y Genserico habían saqueado ya á Roma; y Odroaco rey de Italia, se hallaba á punto de reemplazar al emperador Occidente,

El paganismo fue á sepultarse en las catacumbas de donde había salido el Cristianismo: aun se encuentran en el día entre las capillas y los sepulcros de los primeros cristianos, los simulacros y los santuarios de los postreros idólatras (99). No solo se conservaron en secreto los restos de la religión griega, sino que dominó públicamente una parte del nuevo culto: quejase de ello San Bonifacio en el siglo viii á la corte de Roma (100).

TERCERA PARTE.

El combate moral é intelectual terminó del mismo modo que el combate político. Después del saqueo de Roma, la idolatría acusó á los fieles de ser la causa de todas las calamidades públicas; acusación que había reproducido con frecuencia, y que resonaba en su hora postrera.—Los cristianos débiles unían su voz á la de los paganos, y decían: «Pedro, Pablo, Lorenzo, están enterrados en Roma, y sin embargo Roma se ve saqueada. (1)» Para refutar tan trillado argumento San Agustín compuso su grande obra de la ciudad de Dios. Su objeto, al engrandecer la belleza, la verdad y la santidad del Cristianismo, es probar que los Romanos no debieron su pérdida sino á la corrupción de las costumbres y á la falsedad de la religión: Los persigue con su propia historia en la mano.

«Decís proverbialmente: No llueve, y los cristianos son la causa. ¿Olvidáis pues las plagas que han asolado el imperio antes que se sometiese á la fe? Confíais en vuestros dioses: ¿cuándo os han protegido? Los Bárbaros, respetando el nombre de Jesucristo, perdonaron á cuantos se habían refugiado en las iglesias de Roma: las guerras de los paganos no ofrecen ni un solo ejemplo de esta naturaleza; nunca los templos salvaron á ninguno de ellos. En tiempo de Mario, el pontífice Mucio-Scévola fue muerto al pie del altar de Vesta, asilo tenido por inviolable, y su sangre casi apagó el fuego sagrado. Roma idólatra ha padecido mas con sus discordias civiles, que Roma cristiana con el hierro de los Godos: Sila hizo morir mas senadores que los que ha despojado Alarico.

«La providencia fundó los reinos de la tierra: la grandeza pasada del imperio no debe atribuirse con mas fundamento al poder de los dioses impotentes, que á la influencia quimérica de los astros. La teología natural de la filosofía no puede oponerse á su vez á la teología divina de los cristianos, porque se ha engañado con frecuencia. La escuela itálica que fundó Pitágoras, la escuela jónica que Tales instituyó, han incurrido en errores capitales. Tales, aplicado al estudio de la física, tuvo por discípulo á Anaximandro, que instruyó á Anaximeno; este fue maestro de Anaxágoras, y Anaxágoras de Sócrates, que aplicó toda la filosofía á las costumbres. Platon vino después de Sócrates, y se aproximó en gran manera á las verdades de la fe.

«Pero ¿cómo es que los cristianos, á la vez que pretenden no adorar mas que un solo Dios, levantan templos á los mártires? El hecho no es exacto, nuestro respeto á los sepulcros de los confesores, es un homenaje tributado á los hombres que atestiguaron la verdad hasta la muerte; pero, ¿quién oyó nunca pronunciar á un sacerdote estas palabras celebrando los oficios en el altar de Dios sobre las cenizas de un mártir: Pedro, Pablo ó Cipriano, os ofrezco este sacrificio?»

«Los paganos se glorían de los prodigios obrados por su religión: Tarquino cortó una piedra con una navaja de afeitar: una serpiente de Epidauró siguió á Esculapio hasta Roma: una vestal tiró de un barco con su cinturón: otra sacó agua en una criba ¿pue-

den compararse tales maravillas con los milagros que cuenta la Escritura? El Jordan suspendiendo su curso deja pasar á los Hebreos: las murallas de Jericó caen delante del Arca santa. ¡Ah! no nos fijemos en la ciudad de la tierra: volvamos nuestros pasos á la ciudad del cielo, que tiene su origen antes de la creación del mundo visible.

«Los ángeles son los primeros habitantes de la ciudad divina; participan del cielo y de la luz, porque en el principio Dios hizo el cielo, y dijo: *Que la luz sea hecha*. Dios no creó sino un solo hombre, y todos estábamos en aquel hombre. Derramó en él una alma dotada de inteligencia y de razón, ya sea que hubiese creado antes esta alma, ó que la infundiese soplando sobre el rostro del hombre, cuyo cuerpo no era sino barro. Dió al hombre una mujer para reproducirse; pero como toda la raza humana debía provenir del hombre, formó á Eva de los huesos, de la carne y de la sangre de Adán.

«El hombre, á quien el Señor había dicho: «el día en que comas la fruta prohibida morirás,» comió la fruta prohibida y murió. La muerte es la pena impuesta al pecado; mas si el pecado se borra con el bautismo, ¿por qué el hombre muere al presente? Muere para que no se destruya la fe, la esperanza y la virtud.

«Dos amores han edificado las dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, ha levantado la ciudad terrestre; el amor de Dios hasta la abnegación de sí mismo, ha edificado la ciudad celeste. Caín, ciudadano de la ciudad terrestre, edificó una ciudad; Abel no edificó ninguna, porque era ciudadano de la ciudad celeste, y extranjero en la tierra. Las dos ciudades pueden unirse por el matrimonio de los hijos de los santos con las hijas de los hombres á causa de su hermosura, porque la hermosura es un bien que nos viene de Dios.

«Las dos ciudades se mueven juntamente: la ciudad terrestre, desde el tiempo de Abraham, ha producido los dos grandes imperios de los Asirios y los Romanos: la ciudad celeste llega, por el mismo Abraham, desde David hasta Jesucristo. Han venido cartas de aquella ciudad santa de que al presente estamos desterrados, y estas cartas son las Escrituras. El rey de la ciudad celeste ha descendido en persona á las tierras para enseñarnos el camino y ser nuestro guía.

«El supremo bien es la vida eterna, y no pertenece á este mundo: el mal supremo es la muerte eterna, á la separación de la compañía de Dios. La posesión de las felicidades temporales es una bienaventuranza falsa, una gran enfermedad. El justo vive de la fe.

«Cuando las dos ciudades hayan llegado á su fin por medio de Cristo, habrá suplicios eternos para los pecadores. La pena de muerte en la ley humana no consiste solo en el minuto empleado para la ejecución del criminal, sino en el acto que le priva de la existencia: el Juez eterno excluye al culpable de la eternidad viva, como el juez temporal excluye al culpable del tiempo existente. ¿Puede acaso el Eterno pronunciar sino juicios eternos?»

«Por la misma razón, la ventura de los justos no tendrá término. El alma sin embargo no perderá la memoria de los males pasados, sino se acordase de su primitiva miseria, si no conociese siquiera la miseria indestructible de los que hubiesen perecido, ¿cómo cantaría sin fin las misericordias de Dios, según nos lo dice el Salmista? En la ciudad divina se cumplirán aquellas palabras: *Permaneced tranquilos, reconoced que soy Dios*; es decir, que allí se gozará del sábado, de aquel día dilatado y sin noche, en el cual descansaremos en Dios.»

Brilla en esta obra del Platon cristiano la melancolía mas profunda; descúbrese una alma tierna, inquieta, echando menos quizás las ilusiones, y cuyos vagos sentimientos son producidos por un espíritu

abstracto y una imaginación mística. El que joven aun, había confesado con tanto candor, que había pedido la pureza, *pero no demasiado pronto* (2), de haber deseado amar, (3) él que había dicho. «Cuando me hayais conocido tal como soy, rogad por mí:» (4) el padre de Adeodato derrama por las páginas escritas en su vejez ese disgusto de la tierra que es la ventura de los santos y la herencia de los desgraciados. El espectáculo de las calamidades públicas contribuía sin duda á entristecer el genio de Agustín. ¿Qué tiempo para escribir los años que separan á Alarico de Genserico, segundo destructor de Roma y de Cartago, y los que mediaron entre el saqueo de la ciudad eterna por los Godos, y el de Hippona por los Vándalos!

Volusiano, miembro de una familia poderosa de Cartago, había escrito á San Agustín que uno de sus amigos manifestaba deseos de encontrar un cristiano capaz de resolver ciertas dificultades relativas al nuevo culto. San Agustín en su respuesta afable y política, le incluye una especie de compendio de la *Ciudad de Dios*.

El mismo Padre mantiene correspondencia con la población pagana de Madaura. «Despertaos, pueblos de Madaura, parientes míos y hermanos míos!... (5). ¡Pueda el verdadero Dios convertirnos á la fe, y libéranos de las vanidades de este mundo!» Un obispo, un controvertista ardiente, San Agustín, llama á los idólatras *parientes y hermanos suyos*.

Algunos años antes había tenido también activa correspondencia con Máximo, gramático de la misma ciudad de Madaura, y Máximo le había rogado que dejando aparte su elocuencia, y los sutiles argumentos de Chirisippo, le explicase cual era el Dios de los cristianos. Y ahora, varón excelente (6), que has abandonado mi comisión, esta carta será arrojada al fuego, ó destruída de otra manera. Si sucede así, perecerá un pedazo de papel, pero no mi doctrina.... ¡Quieran los dioses conservarte! ¡Los dioses por quienes los pueblos de la tierra adoran de mil modos diferentes en una armonía discorde al Padre común de los dioses y de los hombres!» (7). Ved aquí al pagano que implora á su vez las bendiciones del cielo sobre la cabeza de un cristiano.—Longiniano escribe estas palabras á San Agustín; «Señor y venerado padre: en cuanto al Cristo; en quien crees, y al espíritu de Dios, por quien esperas ir al seno del verdadero, del soberano, del bienaventurado autor de todas las cosas, no me atrevo á expresar lo que pienso; difícil es al hombre definir lo que no entiende; pero eres digno del respeto que profeso á tus virtudes (8).»

San Agustín responde: «Aprecio tu circunspección en no negar ni afirmar cosa alguna tocante á Cristo; es una moderación laudable en un pagano (9).»

El ilustre obispo de Hipona espiró á los setenta y seis años, en su ciudad episcopal sitiada en el pleno ejercicio de los deberes de un pastor valeroso y caritativo. Murió, dice el elegante autor que nunca os cansareis de ver citado, murió con los ojos clavados en esa misma ciudad celeste, cuya maravillosa historia había escrito (10).»

—Pero antes de las cartas referidas de Agustín, encuéntrase quizás un monumento aun mas extraordinario de la tolerancia religiosa entre los entendimientos superiores: son las cartas de San Basilio á Libanio, y de este á aquel. El sofista pagano había sido maestro del doctor cristiano en Constantinopla. «Cuando regresásteis á vuestro país, escribe Libanio á Basilio, me decia á mí mismo: ¿qué hace ahora Basilio? ¿aboga en el foro? ¿enseña la elocuencia? He sabido que habeis seguido mejor camino; que no os habiais ocupado sino en agradar á Dios, y he envidiado vuestra dicha (11).»

Basilio envía jóvenes capadocios á la escuela de Libanio sin temor de infestarlos con el veneno de la ido-